

guiente á todos los esfuerzos, por medios de holocaustos increíbles é inenarrables, al género humano y á sus necesarios progresos dentro de la transformación universal.



## HELENA

Ἑλενη δ' εἰμι σθησ' ὄνχερος ἄλλεσθεων  
Eurípides.—*Andrómaca*, v. 680.

Este nombre forma parte del común lenguaje, y entra, por mil maneras varias, en las frases más vulgares y corrientes, como un refrán tradicional é histórico traspasado por mil generaciones de boca en boca y de región en región. El siglo pasado puso en moda una convencional retórica, todavía usada por nuestros padres, y en la cual necesitábase conocer á fondo, para emplearlos á derechas, todos los cuentos comprendidos bajo el nombre de la Helena homérica. El hilo de Ariadna para salir de cualquier dificultad, el intrincado laberinto de Creta para indicar cualquier embrollo, el repetido lecho de Procusto á que debían ajustarse todas las estaturas, aquella manzana de Paris representando los dones funestos, las tres tentadoras gracias, el rapto de la hermosa Helena, la fide-

lidad indecible de Patroclo, los augurios de Casandra, las tristezas de Hécuba, las virtudes sacrosantas de Andrómaca, la sagacidad y astucia de Ulises, los halagos y seducciones de Circe, las múltiples incidencias de poema tal como el poema homérico y de tiempo tan famoso como los tiempos heroicos, han pasado á la literatura común de los pueblos cultos, contribuyendo por tal manera, desde los comienzos de las lenguas, tanto sabias como vulgares, así al decir literario como al familiar, que suelen gastarlas mucho, y de los más eruditos, sin saber, ó por lo menos sin recordar su origen, transformadas ya en parte sustancial de nuestro espíritu como por las asimilaciones de nuestra nutrición y respiración forman parte de nuestro cuerpo las moléculas más apartadas y ajenas que andan en torbellinos sin fin por el espacio sin término. Así bien podemos decir que la mujer de cuya historia vamos á tratar, sean cualesquiera sus virtudes ó sus vicios, la fealdad moral de su alma y la belleza plástica de su cuerpo, se asienta en el seno de nuestros hogares, y se arrodilla sobre la losa de nuestros templos, y se diviniza en los altares de nuestras artes, y es rama principalísima en la genealogía, tanto de nuestra sangre y raza, como de nuestras ideas y creencias.

Si hubiéramos de mirar el nombre de la divina

Helena tan sólo en una de las zonas del pensamiento, la zona del arte plástico, no acabaríamos nunca; y acaso por esta reseña nos enteráramos de cómo su imagen se ha grabado en nuestra retina y su nombre se ha impreso así en nuestro corazón como en nuestros labios. Todos cuantos hayan alguna vez recorrido las costa del Mediterráneo, deben haber columbrado en aquellas brisas frescas y saladas, en aquellos ondulantes oleajes de blancas espumas ceñidos, en aquellos besos del mar celeste al cielo esplendoroso, en aquel rielar de la luna y del sol, en los reverbeos de algas y estelas, en las fosforescencias argénteas, en las copias y retratos de los astros, en tantas delicias, el fugaz resplandecer de la nereida, que se viste de gasas tan tenues como aquellos rosáceos vapores, y se corona de nácares, corales y perlas tan brillantes como los esparcidos por doquier en aquellas armoniosas orillas. La nereida Tetis resultó tan bella, que Neptuno y Júpiter á una se prendaron de sus gracias y la quisieron por esposa. Mas en Grecia, ni los dioses mismos solían despreciar los augurios contenidos en el vuelo de las aves, en las lluvias de los aerolitos, en la inclinación de los ramajes, en el curso de los astros, en el soplo de las auras, en la imagen de los ensueños, en todo cuanto podía reducirse á presagio y servir de fórmulas oraculares, así

á los adivinos como á las pitonisas, frecuentemente consultados al tenor de creencias inspiradas en la idea de una relación, mayor que la por nosotros comprendida, entre los fenómenos del cielo y los fenómenos del pensamiento. El oráculo declaró á los dioses que ya se casara con Tetis Neptuno, ya se casara Júpiter, el hijo engendrado por los dioses mismos en ella superaría seguramente á sus padres. Temeroso Neptuno de que su hijo le suplantara en el dominio de los mares, y temeroso Júpiter á su vez de que lo suplantara en el dominio de los cielos, resolvieron casarla con un mortal, á fin de disminuir, bajo esta disminución de su estirpe, su fuerza creadora, é impedirle toda generación de un sér bastante poderoso para sobreponerse á los dioses y eclipsarlos en sus altares y destituirlos de sus tronos.

¡Cuánto no ha divinizado el arte la boda singular de Tetis y Peleo! Ora los bajorelieves en mármol pentélico trazados, ora los vasos griegos de aquella tierra cocidos, nos presentan el transformarse de la diosa y el pugnar por ella de su mortal marido. Hoy mismo podemos admirar en los museos de nuestra Europa el coro de ninfas y mancebos que ofrecen á la nereida y á su esposo el cetro para su imperio, la espada y el escudo para sus combates, el casco guerrero para su coro-

na, los animales domésticos necesarios á su alimento, la cítara que debe recrearlos, el ánfora donde contener los vinos, las flores para perfumar su lecho y las antorchas para esclarecer su himeneo. Tal escena, lo mismo resplandece allá en la escultura, ó sea en el arte clásico por excelencia, que aquí en la pintura, ó sea en el por excelencia cristiano arte. Y si miráis un poco notaréis bien pronto cómo Cupido empuja con violencias á la diosa y cómo hay á los piés de ésta, ya un león, ya una cabra, ya cualquier otro de los cuadrúpedos más conocidos en la zoología helénica, y á veces hasta de reptiles como la serpiente. Pues bien, el amor empuja fuertemente á Tetis porque se niega ésta con pertinaz empeño al matrimonio, y los animales se hallan en tanto número á sus piés porque allá, en sus metamorfosis, al pasar los dioses de su forma superior á otras inferiores formas, Tetis se reviste con la figura de una leona para intimidar á Peleo, y con la figura de una serpiente para envenenarlo, y con la figura de una cierva para huir de sus brazos, pues inmortal y divina, sólo con seres divinos é inmortales quiere unirse. Pero Peleo, á quien los dioses han dado una lanza milagrosa, que le facilite la victoria sobre su indócil mujer, concluye por vencerla y ceñirle con sus propias manos el velo nupcial.

Todos los dioses han sido invitados á esta discordia boda, por su poder y por su intervenci3n al fin y al cabo acordada. Pero si todos los dioses han sido invitados, una excepci3n se hace, la cual trae consigo terribles consecuencias, la excepci3n de la diosa Discordia, preterida por creerla vulnerada con la feliz concordia. Pero el cielo homérico se reduce á una guerra de dioses, como el mundo homérico se reduce á una guerra de reyes. La Discordia tomará su desquite, pues no hay divinidad ninguna en el Olimpo antiguo capaz de renunciar á una venganza. Placer divino llaman aún á esta satisfacci3n terrible nuestras lenguas semihelenas. En todas las teogonías clásicas relucen aquellos jardines puestos por el sentir com3n sobre la faz de nuestra Espa1a, y en todos estos jardines se cosechan, seg3n cuenta la tradici3n universal, manzanas de oro. La manzana mordida por nuestros padres en el Paraíso y la manzana caída sobre los que podríamos llamar nuestros dioses en esta boda, es de antiguo, como veis, fruta nefasta. Las diosas, á la mesa nupcial sentadas, quieren la manzana, y no hay más que una. ¿C3mo satisfacerlas? En vano intentó Júpiter sagaz conciliaci3n entre todas ellas. Burláronse del dios y desoyeron sus consejos y desacataron sus mandatos. Entonces creyó el padre de los dioses más propio á la sa-

lida del apuro un mortal que un inmortal, y comisionó á Mercurio, para que, dirigiéndose á Paris, le confiara el encargo de concordar á las discordes diosas. Un espejo etrusco presenta el alado Mercurio y el joven Paris departiendo acerca del intrincado negocio por Júpiter sometido á la discreci3n de un pastor montaraz, embreñado en las alturas del Ida. ¿Quién era este pastor, cuyo nombre ha pasado á todas las lenguas de siglo en siglo, expresando la ligereza y la voluptuosidad?

Paris fué pastor de oficio, pero príncipe de nacimiento. El destino lo había marcado con su sello, y los augurios habían dicho á sus genitores el terrible secreto de aquella trágica predestinaci3n. Príamo y Hécuba, que reinaban en Troya, padres también del animoso Héctor, lo engendraron. Y cuando ya el embarazo de la madre iba muy adelantado, tuvo ésta un horrible sueño. Soñó que llevaba en su vientre un tiz3n, el cual debía, en cierto momento, incendiar á Troya. El agorero y el augurio surgen aquí ahora, cual en todas las tragedias clásicas. Y estos agoreros y estos augurios poseen una fuerza trágica tan grande, que pasan al teatro moderno y forman parte de sus principales recursos. Lo mismo Calder3n que Shakespeare, los dos trágicos cristianos por excelencia, recurren al hor3scopo, al oráculo, al presagio, al augurio, pues en el fondo mismo

de nuestra religión, siquier entre por mucho el dogma de los dogmas cristianos, el libre albedrío, queda siempre la predestinación, recrudescida, y aun exagerada, por la reforma luterana. En cuanto Príamo sabe los destinos á que Paris está llamado, decreta su muerte, confiándolo al pastor Agelao, para que lo entregue á merced y arbitrio de los elementos en las alturas del Ida. Una loba, más compasiva que aquel duro corazón de monarca y padre, lactólo con piedad, y herido Agelao en sus más humanos sentimientos por la enseñanza contenida en la piedad inconsciente de aquella feroz alimaña, tomó por hijo suyo al hijo de Príamo, y lo crió en su choza y le confió sus ganados. Paris fué creciendo en aquellas alturas, y á medida que crecía mostraba los privilegios de su índole y de su naturaleza. Entre las prendas que le distinguían, ninguna de tanto valor y en tal grado como su varonil hermosura. Parecía una estatua. El sol de las montañas habíale curtido y prestado un color semejante al sonrosado de los mármoles bruñidos por la luz helena y cortados en la cantera del Pentélico. Sus formas tenían las matemáticas proporciones de una estatua perfecta. La gracia y la belleza no excluían en su figura ni el vigor ni la virilidad. Allá en el monte, circuido por sus ovejas, que pastaban mirtos; coronado á la descuidada por las hojas de algún roble

ceñidas casualmente á su melena; desnudo como los atletas; de pie sobre un risco; el cayado á guisa de cetro en su diestra, la serenidad en sus ojos, la robustez en el vigor de sus músculos como la hermosura en la proporción de sus miembros, tomaba aspecto tal de dios, y hasta de dios vivo, que sobre los seres inferiores, sobre los mismos seres inanimados, ejercía lo que hoy llamamos comúnmente atracción magnética, y se llamaba entonces fascinación ó poder. El mundo antiguo nos ha transmitido una estatua de Paris. Y, á pesar de ceñirla unos bien poco escultóricos pantalones asiáticos y de ocultarla en sus pliegues un ropaje sobradamente oriental, túnicas demasiado complicadas, manto asaz pesado, parece, por su varonil belleza y por sus matemáticas proporciones, un verdadero Apolo en toda la feliz calma de su divinidad. Pues á Paris confió Júpiter la designación de aquella diosa, que debía recibir la preciada fruta, prevaleciendo por tanto, sobre todas las otras excelsas divinidades femeninas de Grecia. Un vaso antiguo, muy antiguo, en el que se acerca mucho al dibujo egipcio el dibujo griego, preséntanos Mercurio como una especie de dios infernal, y con un perro junto á sí, conduciendo ante Paris las tres diosas, muy semejantes á tres momias recién sacadas de sus multicolores sarcófagos.

Cada cual de las gracias tenía su virtud respectiva. Y así la ofrecían al pastor para cohecharlo, y por el cohecho persuadirle á decretar su personal designación. Juno, envuelta en su manto de cerúleo color y áureas estrellas, coronada con su diadema regia, el cetro en las manos y el Olimpo á los piés, ofrecíale con soberbia la dominación, el imperio, aquello que más puede halagar á un hombre aquí en la tierra, el mando y autoridad sobre los demás. Si Paris hubiera nacido con alma capaz de la dominación, designara seguramente á Juno, quien, designada, cediérale de grado cualquier territorio, y de grado entregárale también la dirección ó mando soberano sobre cualquier colectividad. Mas Paris, aunque varonil de cuerpo, era muy afeminado de ánimo, y para los ánimos débiles no se han hecho los terribles cuidados del gobierno. Después de Juno venía Palas ó Minerva. Ésta podía ofrecerle dos bienes, por igual tentadores á la complexión de un hombre verdadero, la fuerza del heroísmo y la luz del saber, la corona de robles en las guerras y la corona de laureles en los Parnasos. Mas la guerra, que lleva el dolor aparejado consigo, exige mucho esfuerzo, y la inspiración, que lleva consigo aparejada la pobreza, resulta una enfermedad. El ánimo de Paris, apocadísimo de suyo, no podía con gran contento aceptar dones sólo

asequibles cuando se ganan con esfuerzo y sólo perdurables cuando se conservan con tenacidad. Las tentaciones de Juno y Palas no eran propias para mover un alma como su alma y cautivar á un joven cautivo ya de la voluptuosidad y del placer. Ni el poder supremo, por la reina de los dioses ofrecido; ni la fuerza y la ciencia, ofrecidas por Palas, tentaron á un joven, indudablemente nacido para el amor y destinado á pasar su vida en brazos de las más preciadas y de las más famosas bellezas.

Los griegos quisieron que prefiriese Paris belleza y amor á cuantos dones le presentaban los genios de la dominación, de la sabiduría y de la guerra. Venus, la más bella entre las divinidades femeninas, desabrocha los camafeos de su *peplum*, y muestra desnudo el amplio pecho y desnuda la escultórica garganta, en aquel minuto supremo, á la voluptuosidad irremediable de Paris. Con esto quisieron demostrar aquellos héroes de los combates, oráculos de la sabiduría, creadores del arte y artífices de las ciudades llamadas por excelencia políticas, la irremediable afeminación de los asiáticos, al culto de toda voluptuosidad adscritos, tan contrario con la dominación y con la guerra, é incapaces de todos los esfuerzos conducentes á las cimas de una sublime grandeza. Los frescos, los bajorelieves, los vasos antiguos han presentado en diversas ac-

titudes y maneras la escena bellísima de la presentación ante Paris. Aparte los vasos antiguos, cuyo carácter egipcio ya hemos arriba mencionado, véanse las tres diosas corriendo tras Mercurio á pasos larguísimos, en pos del pastor, armadas todas con sus lanzas, en algunos vasos, mientras en otros, así como en pinturas y relieves, bien se descubre á Minerva delante del asiático presentándole con empeño el cíngulo de los héroes, ó bien á Paris discerniendo la querida manzana deliberadamente á Venus, ó bien á Mercurio en actitud de citar para el juicio definitivo; pues todas las incidencias de tal drama se han ofrecido tan frecuentemente á la inspiración de los artistas más excelsos, que no ha quedado edad sin su respectivo juicio de Paris, trazado por el buril, por el pincel ó por el estilo en blancas piedras, en multicolores tablas, en versos inmortales. Hay una diferencia, sin embargo, entre las artes antiguas y las artes modernas; aquéllas nos ofrecen las tres diosas vestidas, atreviéndose tan sólo Venus á desabrochar sus vestidos y ofreciendo su cuello y sus hombros desnudos á los codiciosísimos ojos del enamorado pastor, mientras las artes nuestras presentan las tres diosas desnudas. En nuestro Museo de Madrid hay un cuadro del Albano, tan relamido y artificioso como todos los suyos, donde se ve frente á Paris, envuelto en lustrosa piel

de buey, manzana en mano y báculo en brazo, las tres diosas desnudas, sin otro distintivo que aquel correspondiente á su particular simbolismo, Juno el pavón, Minerva el casco y Venus la paloma. Esta presentación al desnudo completo de las tres históricas gracias ha cambiado la naturaleza del mito, pues aun creemos vulgarmente haberse mandado la manzana para la más hermosa, cuando se mandó para que pudiera el pastor de Ida escoger entre sus tres dominios, y no entre sus tres gracias, aquel que pareciese más en consonancia y armonía con sus propensiones y con su índole. Para el materialismo, con que nuestras artes han tratado la magistral escena, cuadra la desnudez calculada y explicable, muy explicable, de las tres diosas; mas para el sentido, que sacaron los griegos de tanto hecho y para la moral de su fábula, convenía más la representación de todas ellas con sus respectivos atributos, pues á estos últimos, y no á sus gracias personales, libraban las ventajas que había para el pastor de concederles el codiciado premio y conciliarse para sí el respectivo poder é influjo de la diosa preferida. Ni Juno ni Minerva pensaron en competir con Venus como hermosas; lo que hicieron fué demostrar la supremacía de su fuerza y de su imperio sobre la fragil belleza de la diosa hermosísima y los fugaces goces del amor sensual.

En cuanto Paris vió á Venus dejó caer á sus piés, no ya toda reflexión, todo juicio. Aquella figura tan proporcionada y armoniosa; la piel blanca y rosácea, mal entrevista tras las gasas de su traje y los joyeles de sus adornos; la cabeza esférica semejante á la bóveda celeste; los ojos profundos, guarecidos tras pestañas larguísimas y encerrados en párpados que aumentaban, unos y otras, su luz, como el círculo de sombras aumenta en las noches el resplandor en las estrellas; los aromas de su aliento y los latidos de su pecho con las gracias de todas sus actitudes le trastornaron, y derramando por sus venas la ponzoña de una voluptuosidad loca, hicieronle creer lo que tras aquella sensual seducción había, que sólo hemos nacido para el amor, tan fecundo si la virtud lo guía como estéril si el vicio; que sólo debemos consagrarnos al culto positivo de la belleza material y plástica, tan enardecedora de nuestra sangre como conveniente á la satisfacción de nuestros más ínfimos, pero más imperiosos deseos. El apetito, y sólo el apetito, habló en las orejas de Paris con palabras arrebatadoras; el apetito, y sólo el apetito, tendió su cadena sobre aquel cuello, esclavizándolo á una servidumbre jamás sufrida por el cuitado si prefiere la libertad serena en una dominación segura ó la robustez adquirida por un esfuerzo tenaz

en los empeños y en las porfías del combate. Por eso Paris perdió á Troya, porque la religión del placer adolece de tantas debilidades, adoba el cuerpo con tan extraños afeites, consume de suyo el tiempo en olvidos tan profundos, corrompe la sangre más pura en corrupción tan gangrenosa y conduce á desmayos tan irremediables el corazón más fuerte y á cautiverios tan irremisibles la más firme voluntad, que acaba con los siervos de su letal imperio. El fin de Baltasar, el fin de Sardanápalo, el fin de todos aquellos semidioses orientales que trasmutaban el trono en lecho de prostitución, el templo en lupanar inmenso, la vida en orgía continua, reproduciese aquí entre los asiáticos de Troya, los cuales llevan sus orejas henchidas de armonía, viciada su sangre por todos los goces, desordenados sus nervios á todos los excesos y van, envueltos en sedas y púrpuras como en sudarios, hacia la muerte, borrachos al doble influjo del vino y del amor.

Troya era una ciudad asiática, una especie de imperio erigido para la conquista y para la guerra, viciado bien pronto por el amor y los placeres. Llamábase Troya la ciudad é Ilion la fortaleza de tan grandiosa ciudad seguro. En sus murallas concluyen las viejas construcciones ciclópeas, consistentes en piedras amontonadas sin cal ni seg-